

## 7. Todos perdedores

Tanto el gobierno de la República como los rebeldes creyeron que el alzamiento iba a tener un rápido desenlace, cuestión de semanas. Para unos, los sublevados habían fracasado estrepitosamente en las principales capitales como Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Málaga..., además, su fuerza principal, su ejército más beligerante estaba en África y el estrecho estaba bien vigilado por la armada republicana. El pueblo había defendido la República una vez más y el mundo libre lo aplaudiría, aunque era evidente el deterioro de la autoridad y de la organización estatal, se había instalado el caos. España estaba descoyuntada.

Para otros, sin embargo, el alzamiento no podía fracasar, era una cruzada en la que Dios y España eran un todo, el revés en algunos lugares era solo un retraso a superar; esperaban que la población se revoliera contra el despropósito y la locura de la izquierda. Un país tan profundamente católico no podía permitir que unos pocos quemaran iglesias y asesinaran a sacerdotes, la gente quería trabajo y paz, no entendían bien qué suponía la *progresía* y los *logros sociales*, querían *orden*.

Hitler y Mussolini se habían posicionado a favor del Alzamiento aunque lo negaran en los círculos oficiales. Enviaron armas, dinero y aviones con sus tripulaciones. Las tropas rebeldes mejor preparadas y más numerosas estaban en África, comandadas

por el general Franco y apoyadas por los batallones moros. Hitler posibilitó que aquel ejército llegara a la península estableciendo un puente aéreo, hasta entonces inimaginable. Este hecho decantó el destino de la sublevación. Sin duda.

Los rebeldes eran militares, los profesionales de la guerra, los que sabían de tácticas de lucha; los otros, los milicianos, tenían más entusiasmo y menos cohesión, los militares profesionales que quedaron del lado republicano fueron los menos. Casi todos los altos mandos castrenses apostaron por el golpe y eso pesaría en la gestión del conflicto.

Lo esperado, y tal vez lo deseado, hubiera sido ganar o perder, República o Monarquía, rojo o azul, ateo o católico, democracia o dictadura..., que unos tomaran el poder o lo mantuvieran, sí o no. Lo que nadie sospechaba es que aquella España se partiera en dos y que a cada hora ocurrieran asesinatos, fusilamientos, saqueos, violaciones..., agrandando la brecha del odio y del rencor que duraría tantos años después de terminada la contienda.

Los alzados tenían previsto, desde los días previos, que una de sus armas iba a ser el terror, y lo cumplieron. En Sevilla, por ejemplo, primera ciudad en unirse a la rebelión, se citan más de diez mil fusilados indiscriminados, las violaciones se veían insignificantes en ese contexto, en Córdoba, Granada, Zaragoza, Valladolid, Burgos... La represión fue atroz, las ejecuciones –sin juicio– eran meros asesinatos y los muertos se contaban como desaparecidos o sin registrar en los censos. Los rebeldes utilizaron el terror de manera sistemática y como un arma básica para ganar su mesiánica y divina cruzada, de esta manera se tomaban la revancha de los desmanes de algunos extremistas de izquierda que

proclamaron su ateísmo con la quema de iglesias y asesinato de sacerdotes.

España empezaba a arder, nadie quería que el conflicto se extendiera a Europa, aunque fuera terreno abonado. Se promovió la no intervención, que suscribieron Francia, Gran Bretaña, la URSS, Alemania, Italia y Portugal, toda una estúpida burla ya que estos tres últimos países estaban implicados en la guerra civil española. El país se iba a convertir en un campo de prácticas cruel, brutal y destructivo que luego se aplicaría en la Segunda Guerra Mundial. El hecho es que las potencias occidentales se negaron a vender armas a la República en base a aquel acuerdo, mientras que Italia y, principalmente Alemania, participaban y se entrenaban en el conflicto a favor de los rebeldes.

El Norte de España, desde Asturias hasta Francia, era republicano, y solo su parte más occidental, Galicia, se alió con los rebeldes, que no era poco en términos de efectivos militares, ya que incluía El Ferrol, base de la marina de guerra. Esa extensa franja costera fiel al gobierno quedaba aislada del resto del territorio republicano por las zonas rebeldes de Galicia, Castilla, Álava y Navarra. Al Norte el mar, al Sur y al Oeste los nacionales y al Este Francia, que era la puerta de una posible entrada de ayuda humanitaria y armamentista. El general Mola, desde Navarra se apresuró a cerrar la frontera con la ayuda de los agresivos requetés y, de paso, ocupar Guipúzcoa.

Los requetés fueron decisivos en el éxito de la Campaña del Norte, era una organización paramilitar de extrema derecha que aportó hasta sesenta mil soldados en toda la contienda. Los vandalismos durante la República exacerbaban sus ánimos. Su ferocidad era proverbial en defensa del catolicismo y

contra el marxismo. Los boinas rojas eran temibles. Su máxima era *Dios, Patria y Rey* y portaban en el pecho medallas o escapularios con el lema protector: *Detente bala*. Cierto.

Pasajes no volvió a ser el mismo pueblo bullicioso de pescadores, armadores, rederas, bares y comerciantes. La desconfianza y el desconcierto se extendieron entre sus gentes. La huelga, en la que todos eran solidarios, dejó de tener importancia, desapareció ante el empuje de la amenaza de una guerra que intentaban negar y que avanzaba arrolladora.

Algunos barcos fueron requisados por la República, los artillaron colocando un cañón de pequeño calibre en proa y se incorporaron a una casi inexistente flota de guerra –incluido el Torpedero nº 3– cuya principal función era la vigilancia costera y protección de los convoyes de mercantes. La flota de la PYSBE era la mejor dotada, con grandes buques de hierro capaces de faenar durante meses en las gélidas aguas de Terranova. Sus barcos fueron los primeros en ser requisados, con lo que las esperanzas de Krispín y de Antxon para enrolarse se desvanecieron.

Otros pesqueros retomaron su actividad, pero sus capturas eran controladas, parte del pescado debía destinarse a alimento de las tropas y civiles desprotegidos, como dictaba la orden, y el resto al mercado libre, aunque bajo inspección. La abundancia dejaba paso a las restricciones, empezaba el racionamiento.

Krispín había vuelto a faenar con Locuras en el Izarra, el intrépido y viejo pesquero rojo, en todos los sentidos, cuyos pescados eran ahora más apreciados. Sin embargo, tampoco el barco tenía la alegría de hacía unas semanas. Antxon volvió taciturno de su pequeña campaña de defensa de San Sebastián, o mejor dicho, no volvió más, solo para decir que se

iba con las milicias. De nada sirvió que su íntimo amigo intentara convencerlo de que esa guerra no iba con ellos, de que lo suyo no era la tierra sino la mar. Se unía a los milicianos en el intento de frenar a los rebeldes que, desde Navarra, intentaban entrar en Guipúzcoa por el Bidasoa.

Mientras, de espalda a la realidad y ajenos al conflicto, en casa de Maritxu se preparaban ya para el parto.

—Por favor, no te alejes, quédate hoy despierto conmigo. Nere biotza<sup>16</sup> —dijo Amalia a su marido.

—Tranquila, nosotras estaremos a tu lado —añadió amorosa su madre, refiriéndose a ella y a su hermana.

Cayó la noche cálida y la familia estaba pendiente de la llegada, esta vez sí, del primer nieto, primer hijo y primer sobrino, y no falló. A las cinco de la mañana un Krispín nervioso volvió con la partera. A las siete nació Lucas, hermoso y guapo como sus padres, moreno y peludo. La casa volvió a la vida.

Los padres de Amalia se mostraban muy preocupados por la implicación de Krispín en los últimos acontecimientos. En el fondo, y más en la forma, eran conservadores y católicos adictos.

—Debierais iros —gimió ella, la abuela—; aunque solo fuera por Lucas. ¡Ángel mío!

—Tal vez sí —reiteró su marido—, seguimos teniendo una casuca en Viveiro, aunque ya es territorio franquista y éstos lo saben todo, por lo visto. Yo creo que es mejor pasar a Francia, en Bayona seríais bienvenidos; admiran a los pescadores pasaitarras.

La joven madre amamantaba al niño, sentada en la cocina, mientras el padre les observaba babeando, con los brazos cruzados. Había oído pero sin escuchar.

---

16 Mi corazón.

—Yo tengo unos ahorros que os vendrían muy bien para empezar...—insistía su suegro, animado por el silencio de la pareja.

—¿Qué? Perdón no había comprendido... Ah, no os preocupéis por nosotros. Esto va a terminar enseguida; antes de acabar el verano volveremos a faenar y, tal vez, con la PYSBE. ¿O no? —dijo Krispín mirando cómplice a Francisco. Éste calló, no quería revelar que tenía noticias menos esperanzadoras de un amigo falangista.

—Os lo ruego —insistió la abuela— os vais ahora y a la vuelta del verano, como tú dices, regresáis. Sabemos de buena tinta que el general Beorlegui está muy cerca de Irún y en un tris tomará Guipúzcoa —afirmó bajando la voz y los párpados por la confesión. Se sonrojó.

—Tranquilos. —Y sin más, dando por zanjado el tema, Krispín se soltó del marco de la puerta y salió de casa rumbo al puerto. No parecía intranquilo ni cabreado, pero no quería escuchar lo que ya se temía: las cosas no iban bien.

Al caer la tarde, cuando el fornido marino saltó al barco rojo de Locuras para ir a recoger el palangre que de víspera habían largado frente a Jaizkibel, el patrón dijo a su socio y ahora amigo:

—Date prisa, ya me iba. He hecho gasoil. Tenemos un largo viaje por delante, ha surgido una emergencia.

Krispín, aunque sorprendido, no dijo nada. Largó amarras y se mantuvo en proa. Sabía que Locuras estaba muy implicado en la Junta de Defensa del Puerto. Era un anarquista convencido. Mejor no saber nada, ya le metió en un buen lío con el torpedero.

Salieron al anoecer por la bocana, rumbo nordeste. Pasaron no lejos de la señal donde tenían los

aparejos largados sin hacer el mínimo gesto de reducir la marcha.

—Esto es serio —pensó Krispín, mirando de reojo a Locuras, que jamás daba por perdida una pieza de pescado y ahora abandonaba el palangre y sus promesas hundidas.

El viento del Oeste había levantado un poco de marejadilla y el cielo oscuro amenazaba lluvia. Septiembre había llegado. Pronto divisaron el Cabo de Higuer y pusieron rumbo Sur enfilando la desembocadura del río Bidasoa. Krispín respiró, pensó que pasarían a aguas francesas. Bien podía haber sido un secuestro encargado por su suegro para alejarlo de la guerra, últimamente estaba muy pesado, ya no le hacía ninguna gracia tanta insistencia para que escaparan.

Durante la travesía habían permanecido los dos en la estrecha cabina, el mal tiempo obligaba, sin mediar palabra alguna, moviéndose al compás de las olas, hombro con hombro. Tan solo, como de costumbre, Locuras había echado un trago de la botella de Anís del Mono que guardaba junto al timón, pasándosela después a su compañero. Era su desayuno habitual.

Estando próximos a su destino, el patrón se vio obligado a aclarar:

—Irún ha caído, la aviación machacó a los nuestros, aunque pelearon como unos héroes, los rebeldes han continuado hasta Fuenterrabía y liberado el fuerte de Guadalupe —hizo un largo silencio para aclarar su emocionada garganta. Krispín recordó que Antxon estaba envuelto en esa maraña que él todavía no entendía bien. Hacía pocas semanas eran todavía unos despreocupados pescadores y, de pronto, sus vidas se habían oscurecido—. Tenemos

que recoger a unas personas muy importantes, que estarán atrapadas en el refugio, en el puerto, como un embudo. Arriskutzua da.<sup>17</sup> —Por fin Locuras desvelaba el objeto de la travesía.

Que Irún había caído era patente, una densa humareda delante de los montes de San Marcial y Peñas de Aya lo denotaba y el fuego alumbraba el cielo, aunque se empeñara en intentar apagarlo con la fina lluvia. Los alzados habían entrado a la ciudad por la carretera de Pamplona, superando un durísimo enfrentamiento en San Marcial, los defensores optaron por quemar varios edificios en su retirada para dificultar el avance y evitar que fueran utilizados por los vencedores. La población huía despavorida independientemente de su ideario político, si lo tenían.

El avance de las fuerzas franquistas continuó poco a poco, deslavazado, hacia Fuenterrabía, donde unos doscientos presos rebeldes, retenidos en el fuerte de Guadalupe, habían logrado fugarse ante la inoperancia de sus vigilantes que, intuyendo la derrota de los suyos, permutaron los papeles y huyeron. Los fusiles cambiaron de manos y los muertos de bando, se repetía la historia: los amotinados devolvían con creces el terror a los carceleros vencidos.

El Izarra entró en el refugio a poca máquina, casi en silencio. Los marinos intentaban distinguir a quienes iban a recoger. Enseguida vieron un reducido grupo escondido entre las rocas quienes, al verlos llegar, abandonaron torpemente su escondite para alcanzar las escaleras. El patrón pegó la embarcación al muelle rozando el casco contra la pared y dejando una franja roja contra los mejillones, algo inusual en él que, en otras circunstancias, hubiera

---

17 Es arriesgado



proferido decenas de *cagiën* larrusia<sup>18</sup>, y con un gesto ordenó a su amigo que les ayudara. Krispín tuvo que coger al primero en volandas, era un civil con gabardina y boina, un inútil –pensó– que a punto estuvo de caer al agua, el otro saltó sin ayuda.

Se escuchó un disparo, luego otro y otro más. El resto de acompañantes no hizo ni ademán de subir a bordo, se volvieron raudos a protegerse, tumbándose en el suelo, cuerpo a tierra. El pesquero hizo un atrás brusco y dio adelante a toda máquina, escorándose al doblar el muelle del refugio.

El hombre llevaba una gabardina larga. Era alto y delgado, con cara afilada y peinado hacia atrás, sus ojos pequeños no manifestaban miedo a pesar de dónde venía; parecía resuelto y educado; era el importante, estaba claro.

Los desconocidos se resguardaron en la cabina con Locuras que, al cabo de un rato, amontonó los enseres del habitáculo en una banda e invitó al personaje a tumbarse a descansar. Mientras, Krispín, bien pertrechado, aguantaba fuera la fina lluvia y los rociones de la mar, protegido por el puente y sentado contra él, mientras contemplaba más allá de la popa. Fue el único que pudo observar con temor cómo se elevaban de nuevo las llamas sobre Irún.

Navegaron largo rato rumbo Norte, tal vez salieron cuatro millas, siguiendo la línea imaginaria de la frontera marina, la proa caía unas veces a Francia, otras a España, como si el barco estuviera indeciso. El patrón giró la rueda con suavidad marcando un definitivo Oeste. Dejaron por babor Pasajes sin hacer un gesto para entrar; silencio, luego distinguieron San Sebastián e igualmente continuaron en contra del viento y dando fuertes pantocazos.

---

18 Me *cagiën* la rusia.

Se abrió la puerta y salió el hombre de la gabardina con la boina bien calada, aferró sus manos a la barandilla y barrió la cubierta con su mirada hasta que entrevió a Krispín, se acercó a él con torpeza, seguido de cerca por el otro individuo siempre presto a auxiliarle.

—Quería agradecerle su inestimable ayuda —dijo con tono pausado. Estaba de pie, sus pantalones con dobladillo eran de buen tejido.

—Tonterías —¿Cómo un tipo así podía pararse en estos detalles saliendo de aquel infierno?

Krispín había estado rumiando su estupidez al dejarse atrapar de nuevo en otra aventura típica de Locuras, sin embargo había descubierto en su patrón una oculta faceta solidaria y romántica que apreciaba, y cambiaba la imagen ruda y egocéntrica que tenía de él. La presencia de este personaje le daba cierta paz. Iba a levantarse cuando él se dejó caer a su lado, apoyándose en un cesto. No dijo nada, ambos miraban la estela blanca que dejaba el pesquero. Entonces comentó lacónicamente:

—Erotuta daude, inork eztie ulertzer!<sup>19</sup>

Un coche negro y polvoriento les esperaba en Ondarroa.

—Acompáñeme —ordenó el personaje a Krispín—, le voy a dar unos documentos que deberá entregar a su vuelta al gobernador militar de San Sebastián, el coronel Garmendia. —El pescador miró a su patrón interrogante, quien le devolvió la mirada con un gesto de resignación, como *lo que él diga*.

Se sentó junto al chófer y salieron a la carretera, las curvas se sucedían. Al cabo de un rato llegaron a un pequeño valle. Al fondo se divisaba el mar, y enseguida apareció una playa bordeada por vetustos

19 ¡Están locos! ¡No hay quien entienda!

y ruinosos edificios transformados en cuarteles. La actividad era incesante. Estaban en Saturrarán. Era mediodía, los centinelas se cuadraron al paso del coche, un oficial se acercó y abrió la puerta trasera. Antes de salir, el personaje tocó con cariño el hombro de Krispín.

—Espere un momento, el chófer le devolverá a su barco. Le envío ahora mismo los documentos y, recuerde, son muy valiosos, debe entregarlos personalmente al gobernador. Personalmente —insistió—. Confío en usted.

Krispín salió del coche sin alejarse, solo para contemplar la hermosa playa. Era brava, las olas salpicaban las rocas puntiagudas que la protegían de la mar abierta. Un soldado le trajo a la carrera un zurrón con alimentos y una cartera vieja de cuero. Primero le dio los documentos, como si cumpliera órdenes y marcara prioridades, lo hizo con cuidado, luego le puso la otra bolsa en el pecho, sonriendo.

Encontró el barco atracado donde lo dejó. Locuras dormía a rienda suelta pero el olor a queso que le habían dado a su amigo lo despertó de un salto.

La vuelta fue rápida, empujados por el viento del Oeste que ahora soplaba con más intensidad. La popa redonda del pesquero le daba estabilidad. Locuras tuvo especial cuidado en bordear la costa, temía que en algún momento apareciera un barco rebelde, en cuyo caso se refugiarían en cualquier puerto.

El patrón no entró en Pasajes, se dirigió hacia el Norte y a unas tres millas de la bocana localizó el palangre. Krispín sonrió, contento de volver a la normalidad, a la pesca, como si no hubiera ocurrido nada, ni guerra, ni tiros ni fuego; solo les faltaba Antxon. Algunas piezas se habían escapado, otras

pequeñas fueron devoradas hasta la mitad por otro pez mayor y, sin embargo, recogieron alguna lubina de más de cuatro kilos, lenguados y txitxarros... La pieza más importante ya estaba a buen recaudo en Ondarroa, pensó Locuras.